

LUIS CABRERA.

EL PAPA

ANTE EL

DERECHO INTERNACIONAL.

I. Su personalidad internacional ante la historia.

II. Relaciones de México con la Santa Sede.



Biblioteca Universitaria

49118

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

062010

BV629

C3

1899



1020107768



FOTO NUEVO LEON

SEÑORES:

ERA un monje medioeval que allá en las austeridades de un convento había templado su voluntad en las llamas de la fe y en el agua del ayuno. Era un emperador de emperadores capaz de aplastar una testa coronada con sólo un anatema, y los tremendos reyes de la semisalvaje Europa feudal le rendían homenaje de vasallos, porque en una mano tenía la espada y llevaba en la diestra la cruz, cetro del mundo y signo de omnipotencia. Sus palabras eran órdenes para los pueblos; obedecían sus *dictatus* ejércitos de obispos y de monjes; sus bulas eran leyes internacionales que acababan sumisas esas potencias que hoy hacen temblar la tierra con el ruido de sus armaduras; su rostro de asceta tenía la severa majestad de un monarca; en su rededor se respiraba omnipotencia y entre sus orgullos de déspota contaba el de aquel invierno pasado en su castillo de Canossa, cuando para conceder la limosna de su clemencia,

tuvo vagando tres días entre la nieve, como lobo hambriento, á un antepasado de Guillermo II.

De entonces á acá el imperio ha desaparecido y el emperador destronado está ya viejo. Ya no se calla el mundo para escuchar atónito sus palabras; sus anatemas no hacen temblar la tierra, ni sus bulas y encíclicas conmueven los tronos, ni sus maldiciones alcanzan más que á los que doblan la rodilla para que les alcancen. Como restos de su antiguo poderío le queda el palacio del Vaticano, en cuyos jardines pasea tristemente sus fastidios; como restos de su pasada grandeza lleva el nombre de León y aun le rinden homenaje sus vasallos los obispos de la América Latina; como restos de su opulencia tiene una fortuna hecha de limosna, y como restos de la majestad de aquel emperador asceta tiene la mirada sobrehumanamente profunda del éxtasis y la tranquila dignidad de un semidios.

Ha perdido su poder, y sin embargo el Papa aun tiene honores y privilegios y grandezas de monarca; se dice prisionero de un rey que le garantiza su libertad. Estados hay que reciben á sus nuncios y le mandan sus embajadas y firman concordatos en que lo tratan de igual á igual; todavía pesa su opinión en la voluntad de las naciones, es árbitro internacional en la cuestión de las Carolinas entre un imperio protestante y una monarquía católica; aun procura tomar parte en los conflictos políticos aplacando las iras nacionales ó se interesa por el triunfo de las armas de su muy amado hijo Alfonso XIII; dicta todavía órdenes á todos los católicos del mundo; aun atentan sus

emisarios contra la tranquilidad de algunos países, y aun sueñan algunos utopistas con devolverle su poderío de antaño y reconquistarle el carecomido trono de Pío Noveno.

En fin, aun se cree un soberano.

Por eso el derecho internacional, que debía pasar de frente ante el Sumo Pontífice, como pasa de largo ante Víctor Bonaparte ó Carlos de Borbón, se detiene, sin embargo, á estudiarlo, analiza su situación, se pregunta si es persona internacional, si en sus convenios, si en sus relaciones con los Estados hay todavía algo que le dé al Papa el carácter que ante el Derecho de Gentes tuvo en épocas pasadas.

Sólo espíritus superficiales podrían negarle su importancia á un punto de estudio tan delicado.

¿Tiene el Papa, dada la situación en que se halla, una personalidad ante el derecho internacional? Tal es la cuestión.

Está fuera de duda el carácter que tuvo en siglos pasados, y es lógico, por lo mismo, comenzar investigando, á la luz de la Historia, por qué razones y en virtud de qué necesidades fué el Papa un verdadero soberano, seguir analizando los hechos que cambiaron esa situación, y concluir preguntándose si aun subsisten los motivos para que el Pontífice Romano siga teniendo un lugar en el concierto internacional.

I

Allá en las obscuridades de la prehistoria, no existió el problema de los conflictos entre la Iglesia y el Poder, porque los primeros ensayos de

organismos sociales eran perfectas teocracias, en que las funciones de sacerdote y jefe estaban confundidas en el patriarca. Cada religión nacía informada en un Estado y cada Estado informaba una religión. Después, cuando comenzaron á especializarse las funciones, el sacerdote y el rey fueron dos personas y se abrió el primer capítulo de la lucha en que ambos poderes se disputaban el mundo.

El cristianismo, nacido en el apogeo del poder de Roma, en vez de informarse en un grupo político, comenzó distinguiendo lo que es del César de lo que es de Dios. La religión de Cristo, al nacer, no era un organismo, era simplemente un conjunto de teorías morales predicadas por un filósofo nazareno, encaminadas al alivio de los que sufren, y completamente ajenas á las cuestiones políticas; era una nueva creencia que estuvo á punto de quedar reducida á pura filosofía y que sólo se convirtió en Religión, cuando el espíritu cosmopolita de los griegos la difundió y el formalismo romano la vistió con un culto.

Tal parece que en el cristianismo se efectúa una evolución contraria á la de las demás religiones, cuando lo vemos surgir regado en las masas, sin relación ninguna con el Estado y después se nos presenta organizado y encarnando en éste.

Porque al principio, el cristianismo no formaba una asociación, no había *ectesia*, y los fieles se reunían sólo para comulgar con su Creador sin intermediarios ni formas determinadas. Mas como la nueva religión tenía que luchar contra el paganismo y el judaismo, fuertes y perfectamente or-

ganizados, por necesidad las simples reuniones de fieles tendían á ayudarse, concentrarse, fortalecerse y ligarse hasta constituir una comunidad formada por todos los correligionarios de una ciudad. Esto constituye el *período democrático*.

Más tarde, la misma necesidad de lucha y el principio del triunfo, extendieron las comunidades y las confederaron, determinando la formación de provincias eclesiásticas; organizóse una jerarquía religiosa, y de aquellos humildes pastores que predicaban el Evangelio como hermanos de los fieles, surgieron los *episcopos* como jefes de las diócesis.

En el período federal, era la cristiandad un conjunto de *ectesias* igualmente poderosas, entre las cuales, aun no asomaba la ambición de supremacía.

Cuando el cristianismo triunfante escaló las gradas del trono de Constantino, las energías acumuladas para la defensa, debían convertirse en fuerzas vitales para el crecimiento de la religión.

La elevación de Constantinopla que dejaba á Roma la hegemonía del Occidente, dió conciencia al obispado romano de su poder político; y por otra parte, la arraigada tradición de que San Pedro había sido el fundador de este obispado, y el prestigio que le daba la reunión de los sínodos en la Ciudad Eterna, determinaron en el *papas* romano una tradicional pretensión á la supremacía, sobre los pastores de las demás Iglesias.

Primero es un sueño absurdo y presuntuoso, luego, poco á poco, esa pretensión va abriéndose paso muy lentamente por entre las protestas de los patriarcas asiáticos y las burlas de los padres africanos, hasta que llega á convertirse en una

exigencia de los obispos de Roma que pretenden la sumisión de todas las demás iglesias.

Las heregías que como la de Arrio, comenzaban á agrietar la joven religión y que hacían indispensable un poder de cohesión enérgico para dominarlas; la existencia de un clero inmensamente extendido y sin lazos nacionales que hacía necesaria una autoridad de quien dependiese; el espíritu centralizador de los romanos; el natural cansancio de toda democracia que al fin se deshace de sus cargos encomendándolos á un hombre; el prestigio de la gran ciudad, todo contribuyó á edificar la supremacía del obispo de Roma, convirtiendo al Papa en Jefe espiritual de la Iglesia Cristiana.

Hasta la caída del Imperio Romano, el Papa no tenía más carácter internacional que el que le daban sus relaciones con las iglesias subalternas, y seguía dependiendo de los emperadores bizantinos; mas cuando la oleada de pueblos rubios acabó de desbordarse sobre Italia y sobrevino la disgregación del Imperio Romano, la Iglesia de Occidente quedó flotando como único organismo en medio del maremagno de la invasión bárbara y comenzó á tomar su carácter de internacional.

Lástima es no poder bosquejar, aunque fuera ligeramente, ese admirable período de la Historia de Europa en que á la sombra del Papado comenzaron á germinar los embriones de las futuras nacionalidades.

La constitución del Estado Pontificio ya no fué más que un capítulo de este gran trabajo de integración que se llama el feudalismo, pues con las

naciones salidas de ese régimen, á la par que ellas y respondiendo á la misma necesidad histórica, se ve surgir el Estado del Papa de entre las ruinas de la Roma antigua: Los Lombardos lo emancipan de la tutela bizantina y adquiere cuatro ó cinco ciudades; Pepino lo libra del yugo lombardo y le hace patricio del Exarcado, y más tarde Carlo Magno, en su ambición de reconstruir el antiguo imperio de los Césares, le dió una parte de Italia y lo hizo su vasallo feudal. El Estado del Papa fué, pues, (naturalmente y no á causa de anomalías) una obra del feudalismo, y su poder temporal, que emanaba de la posesión de un territorio y que era producto de aquella época, fué una evolución inevitable, necesaria, é históricamente lógica.

Però el Papa no era entonces más, que un vasallo del emperador de Alemania á quien tenía que rendir homenaje y con cuya voluntad debía contar para su elección. ¿Cómo pasó de vasallo á soberano?

Dejo á un lado todas las sutilezas teológicas de los padres sobre las promesas de Cristo á San Pedro; no haré caso de los prodigios de argumentación escolástica hechos para probar que la Iglesia, como obra de Dios, debe dominar al Estado que es obra del Demonio; paso por encima de los fuegos artificiales de metafísica prendidos para aclarar si el espíritu debe mandar á la carne ó viceversa. Nada de ésto es razón histórica ni pesó en la evolución del poder de la sede; pero todo prueba que la Curia tenía ya conciencia de su fuerza, comprendía que estaba representando un gran centro de cohesión, y no ignoraba que su

superioridad podía agigantarse hasta la omnipotencia; así pues, lo anormal, lo ilógico habría sido que se conformase con seguir siendo vasallo del Imperio ella, que había sido capaz de levantar á Europa y lanzarla sobre Palestina. Lo lógico y lo normal, fué la inevitable y prolongada lucha entre el Imperio y el Papa, y la querrela de las investiduras era la querrela por el cetro del mundo.

Combatían la Cruz y la Espada y llamaron en su ayuda á todas las fuerzas del Cielo y de la Tierra. El Imperio tenía sus ferrados ejércitos para aplastar á Roma, sus concilios para fabricar papas y sus hombres del valor de Enrique IV y de la heroica tenacidad de los Hohenstanfen. La Iglesia sitiaba esos ejércitos con una excomunión; al «sus» de los anatemas, las mesnadas de acorazados caballeros y las jaurías de príncipes y condes germanos se volvían contra su señor; y enfrente de los audaces emperadores se levantaba Gregorio VII, el monje aquel que en las austeridades de un convento había templado su voluntad en las llamas de la fe y en el agua del ayuno.

Las armas no decidieron del triunfo, pero la superioridad del Papa se impuso á las conciencias y llegó á ser éste el verdadero rey de reyes que llevaba en la diestra la cruz á manera de cetro de los cetros y cuyo inmenso poder, comenzando en la tierra, se extendía hasta la eternidad, donde ataba ó desligaba los destinos de los hombres. Gregorio VII, Inocente III y Bonifacio VIII, personifican este período de pugna constante en que se confunden el triunfo de la Curia con el principio de su decadencia.

La Iglesia había cumplido su tarea social, porque la Europa nueva estaba ya formada; el derecho internacional comenzaba á bosquejarse fuera de la hegemonía romana; Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, la misma España no necesitaban ya esa tutoría, y la lenta caída del Papado tenía que ser también una evolución inevitable, necesaria, históricamente lógica.

Y comenzó el descenso.

Cuando la simonía y la corrupción infestaron aquel organismo desde el clero bajo hasta el Vicario de Cristo; cuando el renacimiento esperezaba á la Edad Media; cuando despertaban las bellas artes y las invenciones revolucionaban el mundo; cuando los descubrimientos de Copérnico y Galileo evidenciaron viejos errores; cuando Colón desvió las miradas de la Tierra Santa para convergerlas sobre América; cuando, en fin, á las indignadas palabras de Fray Martin media Europa sacudía el yugo pontificio, la Iglesia tuvo conciencia de su debilidad. No la confesó; pero sentía su decadencia y todo lo subordinó á la salvación de su soberanía: reconcentró todas sus energías, usó de cuantos medios pudo, combatió con el brazo Wallenstein, predicó por boca de los discípulos de Loyola; quemó por mano de la Inquisición; asesinó con el puñal de los Médicis, en fin, por defenderse contra la civilización que le arrebatava su poder; luchó mil veces más, fué más dura, más tenaz, más heroica en su tarea de resistir que en la de propagar las doctrinas de paz. Y como cada paso de la humanidad le quita una parte de su antiguo poderío, se explica así que